

**Freud. Conferencias de introducción al psicoanálisis: 26ª conferencia. La teoría de la libido y el narcisismo.**

### **La teoría de la libido y el narcisismo**

En esta conferencia, Freud trata el tema de la psicosis y se pregunta sobre su posible abordaje desde el psicoanálisis. Este se había centrado hasta entonces en el tratamiento de las neurosis, pero aborda la pregunta sobre lo que podría hacerse con las psicosis, que aquí llama neurosis narcisistas. Veremos por qué las llama así. Para ello, utiliza lo que en ese momento es su concepción sobre las pulsiones y los conflictos entre ellas, aspecto en constante desarrollo, como veremos. Trata de explicar la concepción analítica de las neurosis narcisistas, lo que abriría un posible abordaje para ellas. Y, por otro lado, habla de su esfuerzo por conocer *la composición de nuestro yo y su edificio de instancias*; algo que dice: *esperábamos poder llegar a conocer mediante el análisis de las afecciones narcisistas* (389). Aquí deja asomar algo de lo que posteriormente será el superyó.

Empecemos.

Nos dice al final de esta conferencia: *Esos serían algunos de los resultados que nos ha brindado hasta ahora la aplicación del psicoanálisis a las afecciones narcisistas. Por cierto, son todavía muy pocos, y a menudo les falta ese carácter bien perfilado que sólo proporciona la familiaridad segura con un nuevo campo. Los debemos todos al aprovechamiento del concepto de libido yoica o libido narcisista, con cuyo auxilio extendemos a las neurosis narcisistas las concepciones que se han acreditado en las neurosis de transferencia. Ahora preguntarán ustedes: ¿Es posible que logremos subordinar a la teoría de la libido todas las perturbaciones propias de las afecciones narcisistas y de las psicosis? ¿Es posible que culpemos en todas partes al factor libidinoso de la vida anímica por la contracción (adquisición) de la enfermedad, y nunca nos haga falta responsabilizar por ella a cambios sobrevenidos en la función de la pulsión de autoconservación?... No me parece acuciante decirlo y, sobre todo, no me parece que las cosas estén maduras para ello. Podemos dejarlo librado, confiados, al progreso del trabajo científico... el futuro lo dirá, al menos a ustedes* (390-391).

Hemos empezado por el final, pero ¿qué dice antes?

*Ya saben ustedes que los conceptos que obtuvimos en el estudio de las neurosis de transferencia nos alcanzan también para orientarnos en las neurosis narcisistas, mucho más graves en la práctica. Son numerosos los rasgos comunes; en el fondo se trata del mismo campo de fenómenos* (383).

Lo que nos dice Freud es que en ambos casos se trata de estudiar los conflictos pulsionales que los originan y, a través de su comprensión, poder tratarlos. Por lo que, añade: *ya pueden imaginar cuan pocas perspectivas de esclarecer estas afecciones, que pertenecen a la esfera de la psiquiatría, tienen aquellos que no recurren para esta tarea al aporte del conocimiento analítico de las neurosis de transferencia* (383).

Se trata el de las psicosis, como vemos, de un campo que hasta entonces estaba circunscrito a la psiquiatría, que no se ocupaba de intentar comprenderlo: *Las formas de la paranoia son descritas según su contenido: delirio de grandeza, delirio de persecución, delirio de amor*

*(erotomanía), delirio de celos, etc. Ensayos explicativos, no los esperemos de la psiquiatría... pero nuestros psiquiatras no estudian psicoanálisis, y nosotros, los psicoanalistas, vemos muy pocos casos psiquiátricos... (386).*

Sin embargo, Freud sabe que algunos psiquiatras están aplicando en los Estados Unidos los conocimientos analíticos, novedosos en aquella época, y que, aunque su audiencia en estas conferencias está compuesta por una amplia variedad de personas, muchas de ellas provienen del campo de la psiquiatría. Es toda una invitación la que hace Freud.

Vamos a ver cómo desarrolla Freud este tema.

Comienza con una explicación de la teoría de las pulsiones en el estado en el que se encontraba en ese momento. Aún debía sufrir otros desarrollos.

Diferencia, en primer lugar, pulsiones yoicas y pulsiones sexuales, y explica que las “neurosis de transferencia” se producen debido a la oposición y pugna que existe entre ellas, cuestión puramente humana.

*Repetidas veces —y la última no hace mucho— nos hemos ocupado de la separación entre pulsiones yoicas y pulsiones sexuales. Primero, la represión nos mostró que ambas pueden entrar en oposición recíproca, y entonces las pulsiones sexuales son formalmente sometidas y obligadas a procurarse satisfacción por rodeos regresivos, luego de lo cual su indomabilidad las resarce de su derrota. Además, aprendimos que desde el comienzo las dos mantienen diversa relación con el maestro apremio (se refiere al apremio de vida – principio de realidad), de manera que no recorren el mismo camino de desarrollo ni entran en idéntico vínculo con el principio de realidad. Por último, creímos advertir que las pulsiones sexuales se enlazan con el estado afectivo de la angustia mucho más íntimamente que las pulsiones yoicas, resultado este que parece incompleto todavía en un solo punto importante. Aduzcamos, para refirmarlo aún más, el hecho notable de que la insatisfacción del hambre y de la sed, las dos pulsiones de autoconservación más elementales, nunca tiene por consecuencia su vuelco en angustia, mientras que la trasposición de libido insatisfecha en angustia se cuenta, según vimos, entre los fenómenos mejor conocidos y observados con más frecuencia (375).*

*Pesquisando por separado las pulsiones sexuales y las yoicas obtuvimos la clave para comprender el grupo de las neurosis de transferencia. Pudimos reconducirlas a esta situación básica: las pulsiones sexuales entran en pugna con las de autoconservación. O, dicho en términos biológicos, aunque también más imprecisos: una posición del yo, en cuanto individuo autónomo, entra en conflicto con la otra, en cuanto miembro de una serie de generaciones. A una desavenencia de esta clase se llega quizá sólo en el ser humano, y por eso la neurosis es tal vez, en conjunto, su privilegio frente a los animales. El hiperdesarrollo de su libido y la conformación de una vida anímica ricamente articulada... parecen llamados a crear las condiciones para que se engendre un conflicto de esa índole. Sé advierte de inmediato que son también las condiciones de los grandes progresos que han llevado al hombre a salir de su comunidad con los animales, de suerte que su capacidad para la neurosis no es sino el reverso de sus otras dotes (376-377).*

*Hasta aquí fue premisa de nuestro trabajo que podíamos distinguir, por sus manifestaciones, las pulsiones yoicas de las sexuales. En las neurosis de transferencia esto se logra sin dificultad. A las investiduras energéticas que el yo dirigía a los objetos de sus aspiraciones sexuales las llamamos «libido»; a todas las otras, que son enviadas por las pulsiones de autoconservación, las llamamos «interés» (377).*

La nota a pie de la página 377 de James Strachey, nos da una explicación de esta diferencia y nos muestra en qué momento de la evolución de la teoría de las pulsiones se encontraba Freud. Dice así: *La expresión «interés del yo», a veces en la forma de «interés egoísta» o simplemente «interés», aparece con frecuencia en esta conferencia. Freud la había empleado por primera vez en «Introducción del narcisismo» (1914) y también varias veces en los escritos metapsicológicos de 1915. Por lo común, en todos esos pasajes (como en este) se la utiliza para distinguir las fuerzas de autoconservación respecto de la libido. La introducción del concepto de narcisismo hizo menos neto este distingo; pero a lo largo de toda esta conferencia es evidente el empeño de Freud por separar la libido yoica (o narcisista) del interés yoico (o pulsión de autoconservación). Sin embargo, no mucho después abandonó este empeño y declaró que la libido narcisista debía identificarse necesariamente con las pulsiones de autoconservación (en Más allá del principio de placer (1920)), aunque continuó pensando que había otras pulsiones de objeto diferentes de las libidinales —aquellas que describió como pulsiones destructivas o de muerte—. Con posterioridad al presente trabajo no utilizó más, empero, el término «interés».*

Se trata siempre de la concepción dualista de las pulsiones y del conflicto entre ellas.

Pero prosigamos con la conferencia: *Y entonces, persiguiendo las investiduras libidinales, sus trasmutaciones y sus destinos finales, nos procuramos una primera intelección de la fábrica de las fuerzas del alma. Las neurosis de transferencia nos ofrecieron el material más favorable para ello. Pero el yo, las diversas organizaciones que lo componen, la manera en que están edificadas y su modo de funcionamiento siguieron ocultos para nosotros. Teníamos derecho a conjeturar que sólo el análisis de otras perturbaciones neuróticas podría brindarnos esa intelección. Desde temprano empezamos a extender las concepciones psicoanalíticas a estas otras afecciones (377).*

Freud tiene la esperanza de poder avanzar en este campo a partir de las neurosis narcisistas. Veamos, pues, cómo las estudia:

### **Dementia praecox**

*Ya en 1908, Karl Abraham, tras un intercambio de ideas conmigo, formuló la tesis de que el carácter principal de la dementia praecox (incluida entre las psicosis) consiste en que en ella falta la investidura libidinal de los objetos. Pero entonces se planteaba esta pregunta: ¿Qué ocurrió con la libido de los dementes extrañada de los objetos? Abraham no vaciló en responder: es revertida al yo, y esta reversión reflexiva es la fuente del delirio de grandeza de la dementia praecox. Este último es enteramente comparable a la sobrestimación sexual del objeto, bien conocida en la vida amorosa [normal]. De tal modo, pudimos comprender por primera vez un rasgo de una afección psicótica refiriéndolo a la vida amorosa normal (378).*

*Les diré que estas primeras concepciones de Abraham se conservaron en el psicoanálisis y se convirtieron en la base de la posición que adoptamos hacia las psicosis. Poco a poco nos fuimos familiarizando con la idea de que la libido que hallamos adherida a los objetos, y que es expresión del afán de ganar una satisfacción por su intermedio, puede también abandonarlos y, en lugar de ocuparlos {setzen} a ellos, ocupar al yo. Fuimos elaborando esta idea de manera cada vez más consecuente. El nombre para esta colocación de la libido —narcisismo— lo tomamos de una perversión descrita por Paul Nácke [1899], en la cual el individuo adulto prodiga al cuerpo propio todas las ternezas que suelen volcarse a un objeto sexual ajeno (378).*

*Uno se dice enseguida: Si existe una fijación así de la libido al cuerpo propio y en la persona propia, en vez de la fijación a un objeto, este hecho no puede ser excepcional ni de poca monta. Más bien es probable que este narcisismo sea el estado universal y originario a partir del cual sólo más tarde se formó el amor de objeto, sin que por eso debiera desaparecer aquel (378).*

Afirma, entonces, la existencia de un narcisismo primario.

*De la historia del desarrollo de la libido de objeto, tendríamos que recordar que muchas pulsiones sexuales se satisfacen al comienzo en el cuerpo propio (decimos que se satisfacen de manera autoerótica), y que esta capacidad para el autoerotismo es la base que permite el retraso de la sexualidad en el proceso de educarse en el principio de realidad. Por tanto, el autoerotismo era la práctica sexual del estadio narcisista de colocación de la libido (378-379).*

*Dicho brevemente: acerca de la relación entre libido yoica y libido de objeto nos formamos una representación que puedo ilustrarles mediante un símil extraído de la zoología. Consideren ustedes los seres vivos más simples, aquellos que consisten en un glóbulo poco diferenciado de sustancia protoplasmática [las amebas]. Estos seres emiten prolongaciones, llamadas pseudópodos, por las que hacen correr su sustancia corporal. Pero pueden recoger esas prolongaciones y adoptar de nuevo forma de glóbulo. Y bien; comparamos la emisión de las prolongaciones con el envío de libido a los objetos mientras la masa principal de la libido puede permanecer en el interior del yo, y suponemos que en condiciones normales la libido yoica se traspone sin impedimentos en libido de objeto, y esta puede recogerse de nuevo en el interior del yo (379).*

*...Es verdad que el recogimiento de la libido de objeto en el interior del yo no es directamente patógeno; vemos, en efecto, que se lo emprende cada vez que se va a dormir, para volver a deshacerlo al despertar. La ameba recoge sus prolongaciones para volver a emitirlos en la siguiente ocasión. Pero muy diverso es el caso cuando un determinado proceso, muy violento, es el que obliga a quitar la libido de los objetos (apunta a su origen traumático). La libido, convertida en narcisista, no puede entonces hallar el camino de regreso hacia los objetos (queda fijada), y es este obstáculo a su movilidad el que pasa a ser patógeno (383).*

Lo que sigue me parece importante:

*Parece que la acumulación de la libido narcisista no se tolera más allá de cierta medida. Y aun podemos imaginar que se ha llegado a la investidura de objeto justamente por eso, porque el yo se vio forzado a emitir su libido a fin de no enfermar con su estasis (383). Dicho de otro modo, dejado el sujeto únicamente librado al principio de placer, lo que encuentra es la muerte.*

Voy a introducir unos pasajes extraídos del libro “*Hojas volantes*”, que recoge algunas clases que dio Vicente Mira, para ilustrar algo de esto y hablar algo de la libido, pero desde la perspectiva de Lacan:

*Lo primero que le falta al humano es “su complemento anatómico”, es decir, las membranas del feto que le envolvían en el seno materno. La primera pérdida es la placenta. Es importante dejar de pensar que el complemento perdido es el otro sexo. El complemento perdido es un elemento que, en realidad, es un material de desecho, es un resto (VM 369).*

Ahora, en ese lugar de la placenta perdida, en ese objeto sin forma, es donde Lacan va a ubicar la "libido". Es un poco un truco de Lacan porque es más un principio lógico que una exigencia real. Es la lógica de ir a buscar en un cuerpo no lo que no ha tenido nunca como complemento, el otro sexo, sino lo que sí tuvo y ha perdido (VM 369).

¿Os acordáis de que Freud definía a la libido como una ameba, como algo que lanzaba pseudópodos hacia los objetos, investía libidinalmente los objetos, disfrutaba de ellos y se retiraba de nuevo hacia el yo? (VM 370).

La libido "es la ameba", "una cosa extraplana" que se infiltra en todos los vacíos. Esa "laminilla" de la que habla Lacan – no le deis importancia a la forma, dádsela a la consecuencia lógica – se orienta por "lo real", su brújula es lo real. Por eso, la libido ni piensa lo que le conviene al sujeto, ni piensa lo que le interesa, ni calcula, ni juzga. De ahí que se hagan tantas locuras por la libido. ... Desde luego que no se ve nada, pero nunca se equivoca. Siempre está "en enganche directo con lo real" y va a donde debe, quiera el sujeto o no quiera. Insisto no la penséis como una ameba, pensad que lo lógico es que el sujeto busca, como "buen complemento", precisamente lo que le falta, lo que ha perdido, pero se encuentra con que ese complemento, por ser perdido, es real. No ha podido someterlo a la imagen ni meterle el significante, aunque el significante esté ahí (VM 370-371).

La dimensión real de la libido lacaniana es, precisamente, el "buen complemento" para el sujeto. ¿Por qué? Porque es lo que permite desear. El eco del enganche libidinal en el sujeto humano se llama deseo y ese deseo es el que le va a permitir al sujeto errar por el mundo buscando objetos que puedan acomodarse a ese deseo, a sabiendas de que ningún objeto que encuentre va a ser aquel objeto perdido que hacía que no necesitara complemento. Es decir, que el movimiento del deseo – guiado por esa consecuencia lógica, placenta, ameba o libido, en sentido propio -, es lo que va a ordenar cómo todas las articulaciones simbólicas e imaginarias chocan con una cierta lógica del cuerpo, que es, el cuerpo busca lo que perdió (VM 371-372).

Lacan en El seminario 11 dice que la libido para el sujeto humano es "un órgano" (pero un órgano con esa peculiaridad de que es un órgano "incorporal", un órgano del que el sujeto sólo guarda sus efectos – el vacío, la falta y el deseo – y que no tiene a su disposición, como podría tener a su disposición sus pulmones, su estómago o sus riñones (VM 372).

Resulta que la libido ya no es entonces – como decía Freud – mediadora entre los unos y los otros, ya no es lo que permite conectarse con los objetos adecuados. La libido de Lacan es más real, es un suplemento que nunca encuentra su lugar. Esa es la realidad. Por mucho que el sujeto se deje guiar por su deseo y haga sus elecciones libidinales donde sea, nunca va a ser del todo "eso", nunca va a conseguir suturar esa pérdida irreparable. Siempre hay en el cuerpo de lo humano, en su goce, algo perdido que es irrecuperable (VM 372-373).

Si la libido es el suplemento, es a esta libido a lo que Lacan llama "puro instinto de vida". No lo llama pulsión, lo llama "instinto". Si decimos que la libido funciona como algo que no ve nada, que no piensa, que no calcula, que está en enganche directo con lo real y que va siempre a donde debe lo real, naturalmente que es un puro instinto de vida. Lo que quiere es sobrevivir, aunque para ello tenga que matar al sujeto. La libido en sí misma, dejada sola a su funcionamiento real como puro instinto de vida, es "mortífera" (VM 373).

Lo podéis conjugar con la pulsión que queráis y si lo conjugáis un poco con la cultura y pensáis la de veces que la libido nos empuja a elegir cosas que no habiéramos debido haber elegido, pues entonces aparece todavía de forma más evidente, por un lado, su

*imposibilidad de estar colocada en el buen sitio y, por otro, su dimensión mortífera (VM 374).*

*La libido lacaniana se juega entre el sujeto y su pérdida, no entre el sujeto y sus objetos vivos como decía Freud (Tres ensayos para una teoría sexual – 1915), sino entre el sujeto y su objeto perdido (VM 374).*

*Ese objeto perdido es relación libidinal del sujeto con la pérdida. El objeto perdido es un objeto perdido para siempre, irrecuperable, y el movimiento libidinal va una y otra vez hacia el objeto encontrado para darse cuenta, para verificar, que no es el perdido. **La libido entonces inaugura la serie de los objetos perdidos. Es la matriz – nunca mejor dicho – de los objetos perdidos** (VM 375).*

Aquí voy a transcribir unas notas que tomé el pasado 30 de marzo en el seminario de textos que hacemos en Donostia/San Sebastián, en el que pudimos escuchar a Vicky Estevez comentar la clase XV del seminario 11: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)* porque me parece que se ajustan a lo que quiero transmitir:

*Perder la vida es la muerte, pero el organismo no tiene inscrita la idea de que se va a morir. Entonces, ¿cómo se introduce la noción de muerte en el sujeto? Esto solo lo puede hacer el lenguaje.*

*¿Cómo puede haber una subjetivación de eso? Lacan responde: son los objetos de la pulsión designados por la demanda del otro los que representan la pérdida de vida. Ellos no hacen sino representarla. Son lo que permite al sujeto acercarse a una pérdida de vida que en sí misma no tiene representación.*

*Los objetos a (designados por la demanda) son los representantes de esa pérdida de vida. Son objetos específicos que el lenguaje puede delimitar (no son cualquiera, para cada cual es el que sea, por eso se puede representar en el sujeto). Con ellos se le puede dar una apariencia a lo que no tiene ni apariencia ni significante: la laminilla (el mito de la laminilla, porque es un mito) que trata de figurar eso, esa pérdida que, por medio de ellos, se retoma.*

*Dice Lacan en el seminario 11: Aquí se superponen dos faltas. Una se debe al defecto central en torno al cual gira la dialéctica del advenimiento del sujeto a su propio ser en relación con el Otro – debido a que el sujeto depende del significante y el significante está primero en el campo del Otro. Esta falta retoma la otra falta, la falta real, anterior, que ha de situarse en el advenimiento del ser viviente, o sea, en la reproducción sexual. Esta falta es real porque remite a algo real –que el ser viviente, por estar sujeto al sexo, queda sometido a la muerte individual (L 213).*

Dice Vicky Estévez: **La pérdida de vida indeterminada e irrepresentable que funda la libido se representa en la actividad pulsional.**

*En la actividad pulsional (sexual) el sujeto restaura su pérdida, puesto que no se apropia del objeto...*

...pero aquí, y por este enganche entraríamos de lleno en el tema de la pulsión, cosa que dejaremos para otra ocasión.

Lo dejamos aquí, y seguimos con la conferencia. Freud dice: *Si estuviera en nuestros planes ocuparnos más a fondo de la demencia praecox, les mostraría que el proceso que hace desasirse a la libido de los objetos y le bloquea el camino de regreso se aproxima al de la represión y ha de concebirse como su correspondiente... El conflicto parece ser el mismo y*

*librarse entre los mismos poderes (pulsiones sexuales y pulsiones yoicas o de autoconservación). Si el desenlace es aquí tan distinto del de la histeria, por ejemplo, la razón no puede estar sino en una diversidad de la disposición {constitucional} (383).*

En principio, no se refiere a algo físico, sino que apunta a algo estructural.

*En estos enfermos, el desarrollo libidinal tiene su punto débil en una fase diversa; la fijación decisiva, que, como ustedes recuerdan, era la que permitía la irrupción hasta la formación de síntoma, se sitúa en otra parte, probablemente en el estadio del narcisismo primitivo al que la demencia praecox vuelve atrás en su desenlace final. Es un hecho muy notable que en todas las neurosis narcisistas tengamos que suponer unos lugares de fijación de la libido que se remontan a fases muy anteriores del desarrollo que en el caso de la histeria o de la neurosis obsesiva (383).*

Algo muy importante desde el punto de vista clínico, a mi modo de ver, porque no creo que la psiquiatría lo entendiese así entonces, ni lo ha entendido después, es lo siguiente. Freud dice:

*El cuadro clínico de la demencia praecox, muy cambiante por lo demás, no se define exclusivamente por los síntomas que nacen del esfuerzo por alejar a la libido de los objetos y por acumularla en el interior del yo en calidad de libido narcisista. Más bien ocupan un vasto espacio otros fenómenos, que remiten al afán de la libido por alcanzar de nuevo los objetos, y que por consiguiente responden a un intento de restitución o de curación. Y estos síntomas son incluso los más llamativos, los más ruidosos; muestran una indudable semejanza con los de la histeria o, más raramente, con los de la neurosis obsesiva. No obstante, son diferentes en todos sus puntos. En la demencia praecox parece como si la libido, en su empeño por regresar a los objetos —vale decir, a las representaciones de estos—, atrapara realmente algo de ellos, mas sólo sus sombras, por así decir: creo que son las representaciones-palabra que les corresponden (384). Alucina, delira...*

Freud pasa a hablar de lo que espera lograr con su acercamiento a las psicosis, antes de pasar a describir otras “neurosis narcisistas”:

*Aquí no puedo añadir nada más acerca del tema, pero creo que este comportamiento de la libido que aspira a regresar nos ha permitido ganar una intelección sobre lo que constituye realmente la diferencia entre una representación conciente y una inconciente. Los he llevado al campo en el cual cabe esperar que el trabajo analítico haga sus próximos progresos (384).*

*Desde que nos habituamos a manejar el concepto de libido yoica, las neurosis narcisistas se nos han hecho asequibles; nos propusimos obtener un esclarecimiento dinámico de estas afecciones y, a la vez, perfeccionar nuestro conocimiento de la vida anímica mediante la comprensión del yo. La psicología del yo a que aspiramos no ha de basarse en los datos que nos brinde la percepción de nosotros mismos, sino, como en el caso de la libido, en el análisis de las perturbaciones y desorganizaciones del yo. Es probable que, cuando demos remate a ese trabajo de mayor envergadura, tengamos en poco el conocimiento sobre los destinos de la libido que hemos logrado hasta ahora merced al estudio de las neurosis de transferencia. Pero todavía no hemos avanzado mucho. Las neurosis narcisistas son apenas abordables con la técnica que nos ha servido en el caso de las neurosis de transferencia (384).*

Reconoce que, a pesar de su mejor comprensión, los resultados en su tratamiento son escasos y nos refiere algunas de las dificultades con las que se encuentra.

Como ya saben, también en las neurosis de transferencia tropezamos con barreras parecidas que oponía la resistencia, pero pudimos desmontarlas pieza por pieza. En las neurosis narcisistas la resistencia es insuperable; a lo sumo, podemos arrojar una mirada curiosa por encima de ese muro para atisbar lo que ocurre del otro lado. Por tanto, nuestros presentes métodos técnicos tienen que ser sustituidos por otros; todavía no sabemos si lograremos tal sustituto. Es verdad que tampoco en estos enfermos carecemos de material. Aportan toda clase de manifestaciones, sí bien no en calidad de respuestas a nuestras preguntas; y provisionalmente nos vemos constreñidos a interpretar estas manifestaciones con ayuda de la comprensión que hemos adquirido sobre la base de los síntomas de las neurosis de transferencia. La concordancia es lo bastante grande para asegurarnos un beneficio inicial. No sabemos hasta dónde nos llevará esta técnica (385).

Otras dificultades se suman para detener nuestro progreso. Las afecciones narcisistas y las psicosis relacionadas con ellas sólo pueden ser desentrañadas por observadores formados en el estudio analítico de las neurosis de transferencia. Pero nuestros psiquiatras no estudian psicoanálisis, y nosotros, los psicoanalistas, vemos muy pocos casos psiquiátricos... (385). Ya lo dijimos antes.

Seguimos, pues:

### **Paranoia**

La forma de enfermedad conocida como **paranoia**, la insania crónica sistemática, ocupa en los intentos clasificatorios de la psiquiatría actual una posición fluctuante. Empero, su estrecho parentesco con la *dementia praecox* no ofrece ninguna duda. En una ocasión me permití hacer la propuesta de reunir paranoia y *dementia praecox* bajo la designación común de *parafrenia*. Las formas de la paranoia son descritas según su contenido: delirio de grandeza, delirio de persecución, delirio de amor (erotomanía), delirio de celos, etc. Ensayos explicativos, no los esperemos de la psiquiatría (385-386).

Para nuestra concepción analítica, el delirio de grandeza es la consecuencia directa de un aumento del yo por recogimiento de las investiduras libidinosas de objeto, un narcisismo secundario como retorno del narcisismo originario de la primera infancia. Ahora bien, en los casos de delirio de persecución hemos observado algo que nos movió a seguir cierta pista. Lo primero que nos llamó la atención fue que en la inmensa mayoría de los casos el perseguidor era del mismo sexo que el perseguido. Esto era todavía susceptible de una explicación inocente, pero en algunos casos bien estudiados se evidenció con claridad que la persona del mismo sexo más amada en épocas normales se transformaba en perseguidor después de contraerse la enfermedad. Ello posibilita un ulterior desarrollo, a saber, que la persona amada es sustituida por otra, de acuerdo con afinidades notorias entre ambas; por ejemplo, el padre lo es por el maestro, el jefe. De estas experiencias, que siguen multiplicándose, extraemos la conclusión de que la paranoia persecutoria es la forma en que el individuo se defiende de una moción homosexual que se ha vuelto hiperintensa. La mudanza de la ternura en odio, que, como es sabido, puede convertirse en una seria amenaza para la vida del objeto amado y odiado, corresponde entonces a la trasposición de mociones libidinosas en angustia, que es un resultado regular del proceso de la represión (386).

Escuchen ustedes, por ejemplo, el relato de mi última observación en este sentido. Un médico joven debió ser expulsado de su ciudad natal porque había amenazado de muerte al hijo de un profesor universitario que allí vivía, hasta entonces su mejor amigo. Atribuía a

este exámito propósitos realmente diabólicos y un poder demoníaco. Era el culpable de todos los males que en los últimos años sobrevinieron a la familia del enfermo, y de todas sus desventuras familiares y sociales. Pero la cosa no paraba ahí: el mal amigo y su padre habían provocado la guerra y llamado a los rusos al país. El malhechor merecía mil veces la muerte, y nuestro enfermo estaba convencido de que ella pondría fin a todas las desgracias. No obstante, la ternura que antiguamente había sentido por él fue lo bastante fuerte como para detenerle la mano en una ocasión en que pudo abatir a su enemigo a quemarropa. En los breves coloquios que tuve con el enfermo, se evidenció que la relación de amistad entre ambos se remontaba muy atrás, hasta la escuela secundaria. Por lo menos una vez había rebasado los límites de la amistad; una noche que habían pasado juntos fue para ellos la ocasión de un comercio sexual completo. Nuestro paciente nunca había adquirido con las mujeres el vínculo afectivo que había correspondido a su edad y a su atractiva personalidad. Había estado comprometido con una muchacha bella y distinguida, pero esta rompió el compromiso porque no encontraba ninguna ternura en su novio. Años después, su enfermedad estalló justamente en el momento en que por primera vez había conseguido satisfacer a una mujer plenamente. Cuando ella lo abrazó, agradecida y rendida, él sintió de pronto un enigmático dolor que le corría como un filo agudo en torno de la calota craneana. Más tarde interpretó esta sensación como si en una autopsia le hubieran hecho el corte para exponer el cerebro; y dado que su amigo era especialista en anatomía patológica, poco a poco descubrió que sólo él podía haberle enviado a esa mujer para tentarlo. Desde ahí abrió los ojos para las otras persecuciones cuya víctima estaba destinado a ser por las maquinaciones de su ex amigo... (386-387).

La elección homosexual de objeto originariamente está más cerca del narcisismo que la heterosexual. Y si después es preciso rechazar una fuerte moción homosexual no deseada, el camino de regreso al narcisismo se ve particularmente allanado (387-388).

## Melancolía

Como en el caso de la paranoia, también en el de la **melancolía** (de la cual, por lo demás, se describen muy diversas formas clínicas) hemos hallado un lugar en el que es posible echar una mirada a la estructura interna de la afección. Hemos conocido que los autorreproches con que estos melancólicos se martirizan de la manera más inmisericorde están dirigidos, en verdad, a otra persona, el objeto sexual, a quien han perdido o se les ha desvalorizado por culpa de ella. De ahí pudimos inferir que el melancólico ha retirado, es cierto, su libido del objeto, pero que, por un proceso que es preciso llamar «identificación narcisista», ha erigido el objeto en el interior de su propio yo; por así decir, lo ha proyectado sobre el yo (388).

El yo propio es tratado entonces como lo sería el objeto resignado, y sufre todas las agresiones y manifestaciones de venganza que estaban reservadas a aquel. También la inclinación de los melancólicos al suicidio se vuelve más comprensible si se reflexiona en que la ira del enfermo recae de un golpe sobre el yo propio y sobre el objeto amado-odiado. En el caso de la melancolía, como en el de otras afecciones narcisistas, sale a la luz de manera muy marcada un rasgo de la vida afectiva que desde Bleuler solemos designar como ambivalencia. Mentamos así el hecho de que se dirijan a una misma persona sentimientos contrapuestos, de ternura y de hostilidad (389).

Les dije, asimismo, que mediante el análisis de las afecciones narcisistas esperábamos poder llegar a conocer la composición de nuestro yo y su edificio de instancias (389).

Lo hemos subrayado antes.

*Hemos dado los primeros pasos en otro lugar. Por el análisis del delirio de observación [Beobachtungswahn], hemos extraído la conclusión de que en el interior del yo existe realmente una instancia que de continuo observa, critica y compara, y que de tal modo se contrapone a la otra parte del yo (389-390).*

### **La conciencia moral**

*Opinamos, por eso, que cuando el enfermo se queja de que cada uno de sus pasos es espiado y observado, de que cada uno de sus pensamientos es enunciado y criticado, nos revela una verdad que todavía no ha sido apreciada lo bastante. Sólo yerra en cuanto traslada afuera este poder incómodo, como algo que le sería ajeno. Siente en el interior de su yo el reinado de una instancia que mide su yo actual y cada una de sus actividades con un yo ideal, que él mismo se ha creado en el curso de su desarrollo. Opinamos, además, que esta creación se hizo con el propósito de restaurar aquel contento consigo mismo que iba ligado con el narcisismo infantil primario, pero que tuvo que experimentar desde entonces tantas perturbaciones y afrentas. A la instancia de observación de sí la conocemos como el censor yoico, "la conciencia moral"; es la misma que por las noches ejerce la censura sobre los sueños, y de la que parten las represiones de las mociones de deseo no permitidas. Y cuando, en el caso del delirio de observación, ella se descompone, nos revela que proviene de las influencias de los padres, los educadores y el medio social, de la identificación con algunas de estas personas modelo (390).*

Estos son los temas de los que trata Freud en esta conferencia y como destacaba al principio, Freud iba finalizando la misma de este modo, sabía que quedaba mucho por hacer:

*Esos serían algunos de los resultados que nos ha brindado hasta ahora la aplicación del psicoanálisis a las afecciones narcisistas. Por cierto, son todavía muy pocos, y a menudo les falta ese carácter bien perfilado que sólo proporciona la familiaridad segura con un nuevo campo... (390).*

### **Bibliografía**

- Freud S. Conferencias de introducción al psicoanálisis: 26ª conferencia. La teoría de la libido y el narcisismo. En: Sigmund Freud. Obras completas: Volumen 16. 2ª edición, 14ª reimpresión. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu editores; 2013. p. 375-391.
- Mira V. Placer y dolor. Goce y pulsión de muerte (II). En: Hojas volantes. Los pliegues de la biblioteca de la Federación de Foros del Campo Lacaniano nº 3. Donostia/San Sebastián: Federación de Foros del Campo Lacaniano F9; 2018. p. 353-391.
- Lacan J. El sujeto y el otro: la alienación. En: El seminario de Jacques Lacan. Libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. 1ª edición castellana, 15ª reimpresión. Buenos Aires: Editorial Paidós; 2008. p. 211-223.

Nota: Los textos originales aparecen en cursiva. Los subrayados y negritas no figuran en los textos originales.

Aitor Guisasola  
Mayo 2019